HERMANO MARTÍN DOMINGO GIL

Zaragoza (25-12-1936) – Zaragoza (06-11-2020)

"No es un Dios de muertos, sino de vivos,
porque para Él todos viven."

(Lucas 20, 38)

Nos visita la muerte nuevamente… Como José Ramón, como José Luis, nuestro Hermano Martín ha llegado también a la meta, en paz, confiado en que alguien le esperaba.

Escribía Hanna Arendt: *"incluso en los tiempos más sombríos tenemos el derecho a esperar cierta luz. (Esta) puede bien proceder no tanto de teorías y conceptos como de la llama vacilante, incierta y frecuentemente débil que algunos hombres y mujeres, en sus vidas y en sus obras, encenderán casi bajo cualquier circunstancia, proyectándose durante todo el tiempo que les fue dado vivir en la tierra"*. Nosotros lo ratificamos, porque esa luz ha residido en nuestros Hermanos y, desde ellos, ha sido proyectada en nuestras vidas.

A Dios se le llama en la tradición bíblica *«Dios de Abrahán, Isaac y Jacob»* y, a pesar de que hayan muerto, Dios sigue siendo su Dios, su protector, su amigo. La muerte no ha podido destruir su amor y fidelidad hacia ellos. Jesús nos dirá que *«Dios no es un Dios de muertos, sino de vivos; porque para él todos están vivos»*. Dios es fuente inagotable de vida. La muerte no le va dejando a Dios sin sus hijos e hijas queridos. Cuando nosotros los lloramos porque los hemos perdido en esta tierra, Dios los contempla llenos de vida porque los ha acogido en su amor de Padre.

Nuestra fe en la resurrección de Jesús nos dice que la última palabra no la tiene la muerte, sino la vida. Por eso creemos que nuestros "ahoras" también están en Él, como lo estuvo la vida de Martín… y esto nos da la confianza de que nuestro futuro, el "ya" presente de Martín, está en buenas manos.

Hermano Martín, te reconocemos como testigo y, desde tu muerte, percibimos con más claridad esa fuerza del Espíritu que te ha fortalecido a lo largo de la vida y que te ha hecho poner luz a tu alrededor. Y por eso queremos hacer memoria de ti y entrar en el tejido de tu vida, porque tenemos la certeza de que sigues siendo testigo que nos acompaña.

Navarro buñuelero, los avatares de la vida le llevaron a nacer en Zaragoza, un 23 de diciembre (aunque los documentos oficiales digan que el 25) de 1936, hijo de Martín y de Cristina, esa madre que tan bien supo luchar y velar por él en aquellos años de situaciones nada fáciles para nadie, muy duros para ella, y a quien Martín supo también cuidar y acompañar hasta sus últimos días.

A sus 14 años ingresará en el Noviciado Menor de Irún, donde también curso su Escolasticado. En San Asensio realizó su Noviciado y emitió sus primeros votos, en 1954. Sus votos perpetuos los pronunciará ya con 24 años, en Bilbao. Accedió también a los títulos de magisterio y licenciatura en Historia, y cuidó su formación permanente (CEL y CELTE, catequética…).

Inició su recorrido apostólico vinculado a las escuelas populares: ocho años en Gallarta, una experiencia comunitaria y apostólica que le marcó significativamente; estancia de seis años en Alfaro en dos ocasiones diferentes; en Torrero (Zaragoza) por tres años… Siempre dando lo mejor de

sí, con entrega y creatividad, en la comunidad y en la escuela, en la parroquia y en sus grupos musicales.

Tras pasar seis años en el Escolasticado Universitario de Zaragoza, asumió brevemente la dirección de Montemolín para, siempre disponible a lo que de él se solicitase, llegar al Colegio Mayor de Zaragoza, donde serviría en dos ocasiones diferentes, durante doce años, once de los cuales como Director. Le valió en todas esas responsabilidades el ser un hombre sereno, capaz de suscitar ambiente de entendimiento y colaboración. A partir de 1994 estrecharía sus vínculos con el colegio de La Salle Franciscanas Gran Vía, en clase, en el consejo escolar, en la biblioteca, en la catequesis… desde las comunidades de Salduba y de Gran Vía, comunidad en la que fue director por diez años. Sin olvidar sus compromisos con la parroquia de San Juan de la Cruz o con la residencia Madre Mª Pilar Izquierdo (Montecanal). Son 50 años entregando vida en su ciudad natal, por eso su muerte es una pérdida inmensa para todos los que en Zaragoza le conocieron y disfrutaron de sus servicios, para su comunidad y para las demás comunidades de la zona.

Hasta aquí su itinerario, del que hacemos memoria con agradecimiento; pero esto así, sin más, no haría justicia a su vida. Lo suyo ha sido vida entregada a *"procurar vuestra gloria, cuanto me fuere posible y lo exigiereis de mí"*, como tantas veces pronunciaría en la fórmula de consagración. Como él mismo confesaba, su compromiso lasaliano le ha hecho vivir siempre feliz. Por eso no contemplamos su vida sólo como un sumatorio de hechos y acciones realizadas.

Podemos dar razones de lo que ido desplegándose en él a lo largo de los años, destacando dos facetas en su caminar: la fe *("espíritu de fe"*), vivida como confianza en Dios y su Providencia, y el servicio y entrega *("espíritu de celo"*) que esta fe hizo brotar en él. Ambas dimensiones hicieron de él una gran persona: Hombre bueno, acogedor y generoso, un regalo para quienes han compartido vida con él; Hermano cercano y comprensivo, mediador y creador de ambientes de paz, que se desvivía prodigando atenciones y servicios; Amigo atento, fiel y preocupado, que supo mantener vivos tantos vínculos que fue estableciendo… La memoria agradecida de quienes le reconocen así en sus vidas, como Humano, Hermano y Amigo, ratifica que Dios ha hecho obras grandes en él, y por eso le damos gracias.

En estos últimos años, en medio de su fragilidad y debilidades, luchando con ánimo y empeño contra la enfermedad, supo entrar en la noche oscura de la disminución y la dependencia y aprendió a vivir sufrido y resiliente; creyente maduro, ha sido fecundo en la entrega plena, hasta enterrarse como grano de trigo y, con paz y serenidad, consentir a Dios sin hacer preguntas. Por eso sigue siendo testigo que nos remite a la buena nueva de Jesús.

Querer a alguien es decirle "tú no morirás jamás…" Nosotros no te decimos adiós, Martín. Sentimos tu presencia viva y agradecemos tu caminar a nuestro lado, celebrando que te nos has adelantado a ese lugar donde la Humanidad, la Fraternidad y la Amistad alcanzan su plenitud.

Que tu memoria nos recuerde siempre que la vida alcanza su razón de ser cuando desaparece y se vuelve energía para otras vidas, que tu testimonio vivo nos estimule a vivir como granos de trigo enterrados en el servicio y la entrega, para germinar en plenitud.

Hermano Martin, disfruta del abrazo con el Dios de la Vida.

"Como '*ministros de Dios y de la Iglesia*', preocupados por '*mover los corazones*', los Hermanos desempeñan su misión con el 'celo ardiente' que requiere la Obra del Señor.

Urgidos por este celo, y con la actitud de Jesucristo servidor, entregan generosamente su tiempo, sus talentos y sus fuerzas, y ofrecen también sus sufrimientos al servicio de los que Dios les confía.

Debido a esto, se esfuerzan por mejorar día a día sus competencias, la calidad de sus relaciones, el testimonio de su vida y el vigor de su fe.

Toda la vida de los Hermanos resulta transfigurada por la presencia del Señor que llama, consagra, envía y salva."

(R 21)

Al final del camino
cosecharemos amor,
sembrado
en desvelos, palabras,
silencios y gestos.

Compartiremos,
en cena festiva
la mesa
en que un día
dejamos unos panes
y unos peces,
y descubriremos
a nuestro lado
a quienes tanto hemos querido.

Contemplaremos
nuestra historia,
como la ve Dios.
Él nos dirá quiénes fuimos.

En su relato,
verdad
y misericordia
bailarán entrelazadas,
para mostrarnos
luces y sombras.

Volverá a arder el corazón
como en tantos instantes
en que fuimos suyos.
Quizás duela un poco
el bien que no hicimos.

La Vida, mayúscula,
eterna, e invencible,
acogerá la muerte
en su abrazo.
Al fin habremos llegado.
A casa.

José Mª R. Olaizola